

LA SEÑORITA SE ABURRE

COMEDIA EN UN ACTO
BASADA EN UNA POESÍA DE TENNYSON

Estrenada en el Teatro del Príncipe Alfonso la noche
del 1.º de diciembre de 1909.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA	SRTA. RODRÍGUEZ.
MARÍA	» XIFRA.
MISS BELL	SRA. TORRES.
UAN	SR. PORREDÓN.
EL DUQUE DE BEDFORD..	» LLIRI.
SIR JORGE	» VENEGAS.

La acción en Inglaterra. — Siglo XVIII.

LA SEÑORITA SE ABURRE

ACTO ÚNICO

Un jardín.

ESCENA I

MARÍA con un ramo de flores, y después JUAN.

JUAN

¡María!

MARÍA

Por fin puedo verte... ¿Ha contado el señor las horas que han pasado sin vernos?

JUAN

¿Sin vernos? Nos vemos a cada instante.

MARÍA

Vernos, sí; pero hablar... ¡Cómo ha cambiado nuestra vida!

JUAN

Era natural. Estando aquí el señor Duque y su hija...

MARÍA

¿Qué idea les habrá dado de venir a estas soledades?

JUAN

Visita de propietario...

MARÍA

Bastante le importa al Duque esta propiedad... Nunca se preocupó por ella... Mi padre y tú fuisteis siempre los verdaderos amos... La señorita, según dicen todos, odia el campo. ¡Lleva en Londres una vida tan divertida, según dicen!...

JUAN

Sí..., muy divertida...; acaso por eso necesite descanso...

MARÍA

No lo creo... Desde que ha llegado aquí... no sale de su habitación, no habla con nadie... ¡Qué orgullosa!

JUAN

No...; es muy afable y muy inteligente...

MARÍA

Será contigo...

JUAN

Muy aficionada a la música y a la poesía...

MARÍA

¿Habláis de música y de poesía?

JUAN

Yo no hablo apenas con la señorita... La veo cuando el señor Duque me llama... para despa-

char su correspondencia..., para leerle los periódicos...

MARÍA

No, no mientas. El otro día estabais solos.

JUAN

¿Solos? Nunca. Con miss Bell..., la dama de compañía.

MARÍA

¡Miss Bell! ¿Qué significa miss Bell? ¿Se entera de nada?...

JUAN

Eso crees. Es una señora muy inteligente, muy aficionado a la música...

MARÍA

Y a la poesía... Vaya, está visto que la señorita, como su señora de compañía, sólo procuran parecer agradables a los hombres. Ni a mí ni a mi madre ni a mi tía se dignan saludarnos apenas.

JUAN

Exageras. Con todo el mundo son muy afables.

MARÍA

Con todo el mundo... masculino; ¿qué vas a decirme? Hasta con las flores. Miss Bell me mandó hacer un ramo todos los días para la mesa, y como el primer día le presenté uno de rosas y claveles, me dijo muy seria: «¡Oh, claveles, sólo claveles! Las rosas me desagradan...» ¡Ya ves!

JUAN

¡Qué consecuencias!

MARÍA

¿Qué más? Se pirra por los bichos. Pues el otro día estaba acariciando a *Laura*, a mi gata, y le decía: «Michito, michito...» — «No es michito, señora — le advertí yo —; es michita.» — «¡Oh, gata!... Me desagrada»; y al punto dejó de acariciarla...

JUAN

Muy graciosas tus observaciones... Pero te advierto que como las simpatías y las antipatías suelen ser recíprocas, harás mal en cultivar tu antipatía hacia la señorita Clara... Ella lo ha notado.

MARÍA

¡Ah, te ha dicho...! Vamos... Veo que tiene más confianza contigo de la que yo misma presumía.

JUAN

No es confianza... Y si lo fuera... Yo me he criado en su casa... Aunque desde muy joven me enviaron al cuidado de esta posesión..., soy como de la familia...

MARÍA

¡Qué pretensiones!... De la familia...

JUAN

El Duque me quiere mucho... En mi familia hemos sido siempre fieles servidores de la casa de Bedford... La señorita lo sabe... Yo no podía

ser un extraño para ella... Además, aquí, ¿con quién ha de hablar?...

MARÍA

¡Gracias!

JUAN

Demasiado sabes... que tu madre y tu tía...

MARÍA

Y yo. Atrévete a decirlo. Somos unas pobres mujeres muy vulgares, incapaces de sostener una conversación brillante, salpimentada de graciosas murmuraciones...; que no sabemos ni de óperas ni comedias, ni de música ni de poesía, ni de política ni de los escándalos de la alta sociedad de Londres... Aunque de esto sí puede que yo, por lo menos, sepa más que tú... y tanto como la señorita.

JUAN

¡Chist! ¡Si te oyera!...

MARÍA

¡Ah! Tú lo sabes también..., como todo el mundo. ¿Sabes por qué ha traído aquí el Duque a la señorita, contra todo su gusto y su voluntad?...

JUAN

Sé... lo que murmuran criados desagradecidos... Unos amores...

MARÍA

¿Amores? Algo más grave... Perversa coquetería... El matrimonio de una hermosa joven des-

baratado por la señorita Clara, que se propuso enamorar al novio de su amiga, a pesar de que ella también tenía otro novio... de elevada alcurnia, y de quien todos la creían muy enamorada... Un desafío entre los dos galanes, la muerte de uno de ellos. Tristeza y ruina de dos familias... Un escándalo en todo Londres. Entonces el Duque, por primera vez, habló con severidad a su hija, y quiso castigarla trayéndola a estas soledades, donde ella se aburre, se aburre tanto que acaso para distraer su aburrimiento no halla otra diversión que probar de nuevo todo el poder de su hermosura y de su coquetería para renovar la historia de Londres.

JUAN

¿Qué dices?

MARÍA

Su diversión favorita, por lo visto... Enamorar a quien nunca se atrevería a pensar en ella, para burlarse después cruelmente.

JUAN

¿Qué has pensado? De la señorita...

MARÍA

No, de ella me importaría poco, si estuviera segura de ti.

JUAN

¿De mí, dices?... ¿Pero tú crees...?

MARÍA

Yo sé que no te merezco. Soy una campesina

que vivió aquí siempre, sin otros maestros que los del pueblo, que bien poco pudieron enseñarme, sin haber leído más que los libros santos que tú me dejabas, y tus versos, tus preciosos versos, que yo no entendía algunas veces..., pero los admiraba sin entenderlos... Tú eres muy instruido, estás aquí contra tu voluntad, por orden del Duque, que, viéndote en Londres algo delicado, creyó que nada te convendría como esta vida tranquila. Además, porque el Duque quiere mucho a mis padres y es padrino mío..., y acaso pensó lo que tú pensaste al verme, que yo podía ser tu mujer..., que él nos ofrecería esta finca, como regalo de boda, y seríamos muy felices.

JUAN

Como lo seremos... Como ha de ser...

MARÍA

Como hubiera sido... si yo no hubiera significado para ti, en este rincón del mundo, lo mismo que tú significas ahora para la señorita Clara..., una distracción de tu aburrimiento..., muy aceptable cuanto no había término de comparación... Pero llegó la vida de la gran ciudad, el recuerdo de sus fiestas, de sus grandes damas que hablan de todo y de todo saben..., ¿qué he de parecerte yo ahora?

JUAN

Pero, ¡qué locura! ¿Cómo puedes imaginar siquiera que yo, que la señorita Clara...? ¡Atreverme yo a pensar en ella!... Y pensar ella en mí..., mucho menos.

MARÍA

¡Bah! También era de humilde origen el desventurado joven que murió en desafío por ella... Y consiguió enloquecerle, hacerle soñar con un amor imposible y hacerle olvidar a la triste novia, que hoy se muere de pena... ¡Como me moriría yo... si tú me olvidaras!

JUAN

Pero, ¡qué locura!... ¡Qué novela has compuesto en un instante!... ¿Qué viste en mí para creer..., para sospechar...? Que alguna vez hablo con la señorita Clara..., que escuchó mis versos..., que no le parecieron tan malos...; pero es creermelo falto de juicio suponer que yo pueda olvidar la distancia que hay de una hija del Duque de Bedford a un criado suyo..., porque no soy más que un criado de su casa... Y cuanto tú puedas saber del carácter de la señorita, lo sé yo también. La historia de sus amores, de ese duelo, el dolor de una madre que pierde a su hijo y maldice con desesperación a quien causó su desgracia. Ella misma me lo ha contado todo.

MARÍA

¡Ah!... Ella misma... ¿Para disculparse?

JUAN

No. Para culparse, sin atenuación alguna... Ya ves que no será su intención la de hacerse amar mostrándose odiosa a mis ojos.

MARÍA

¿Quién sabe si no es más sabia su coquetería?...

El que no puede parecer bueno, quiere parecer interesante... Nadie confiesa sus culpas si no espera que le sean perdonadas, y las mujeres, menos. Cuando una mujer sabe que nadie ha de decirle que es hermosa, se anticipa a decir: «Soy muy fea», con la seguridad de que alguien ha de apresurarse a responderle galante: «¿Fea? De ningún modo. Eso que llamáis fealdad es una gracia.» ¿No habrá sido para que tú encuentres una disculpa en tu corazón por lo que ella te habrá confesado que es muy culpable?

JUAN

¡Vaya si sutilizas!... Bien aprovechaste la lectura de unas cuantas novelas...

MARÍA

No recuerdo que las novelas dijeran nada de esto... Ni tu cariño tampoco. Los celos son los que me han enseñado mucho en poco tiempo... a leer en mi corazón y en el tuyo..., y en el de esa mujer perversa...

JUAN

¡María! No hables así...

MARÍA

¡Quiera Dios que no tenga yo que maldecirla como la triste madre que vió morir por ella a su hijo!...

JUAN

¡Calla!... ¡Chist!... ¡La señorita!

ESCENA II

DICHOS, CLARA y MISS BELL

CLARA

Miss Bell, sois insoportable. Bastaba con este horrible destierro, sin añadirle el tormento de vuestra compañía.

MISS BELL

¡No amar el campo! ¡Preferir la vida de Londres!... Aquí se vive, se respira.

CLARA

Sí...; a vuestra edad se comprende. Es bueno ir acostumbrándose al reposo... Yo no puedo más... Si mi padre se obstina en seguir aquí..., seré capaz de todo.

MISS BELL

¡Oh, de todo!... No comprendéis lo que eso puede significar.

CLARA

¡Ah, los novios felices!

MARÍA

Señorita...

CLARA

Acércate. Aun no he podido verte despacio... Parece como si huyeras de mí.

MARÍA

No, señorita.

CLARA

Te soy antipática.

MARÍA

No, señorita.

CLARA

Sí, sí. Lo comprendo. Desde que hemos llegado, Juan debe atender a mi padre. Tenéis menos tiempo de veros... Yo le diré a mi padre que le conceda más libertad. Me intereso mucho por vuestro amor... Os casaréis muy pronto.

MARÍA

Gracias, señorita.

JUAN

¿Ves como es muy buena?

MARÍA

Sí...

CLARA

Aunque es peligroso facilitar matrimonios... ¡Hay tan pocos felices!... ¡Y qué triste debe ser verse unido para siempre a una persona que no es capaz de comprendernos, de quien nos separa todo: carácter, sentimientos!...

MARÍA

Pero cuando se ama...

CLARA

Ese es el peligro... Cuando se ama se oscurece el entendimiento. Toda la luz está en el cora-

zón..., una luz que ofusca..., y es como iluminación teatral de bengalas, que hace parecer como un palacio encantado y deslumbrador cualquier vieja decoración mal pintada...

MARÍA

Nosotros nos conocemos bien.

CLARA

Así sea...

MISS BELL

No entristezcáis con vuestro escepticismo a estos jóvenes enamorados.

CLARA

¡Mi escepticismo!... Al contrario... Nadie más optimista que yo. Creo que la felicidad es posible en la tierra, y que la felicidad es el amor... Pero el verdadero amor..., no cualquier apariencia suya. Dicen que me burlo de todo..., sí, de todo lo que no se debe tomar en serio... Que no soy capaz de sentir amor. Sí..., por nadie que no sea digno de ser amado... Pero cuando yo ame... ¡Oh, cuando yo ame!... Pero nada más triste que los engaños de amor... ¡Y son tantos! En amor se juega siempre una partida desigual: uno que quiere, otro que se deja querer. Recuerdo el soneto que me recitabas el otro día..., en que se pinta esa situación de espíritu... El amor que se aleja. ¿Cómo decía?... ¡Ah, sí!...

MARÍA

¿Qué versos son esos, que yo no conozco?

JUAN

Calla. No los recordéis... Valían muy poco...

CLARA

Sí, sí... Espera... Tengo una copia... ¿No te acuerdas?... Aquí está:

«Tanto es mi amor por todos mis amores,
que en el jardín de la existencia mía
a verlas marchitarse cada día,
preferí siempre deshojar sus flores
cuando más encendidos sus colores
mueran en su triunfante lozanía.
¡Más triste que la muerte es la agonía
de un amor, entre dudas y temores!

¡Triste fin de un amor cuando engañoso
quiere fingir que a su pesar nos deja,
y más ofende cuanto más piadoso!

¡Y qué lograra la importuna queja
del ofendido corazón celoso!

¿Quién detiene al amor cuando se aleja?»

MARÍA

¿Eso escribiste?...

MISS BELL

¡Ay! ¡Qué cierto es eso!... Cuando el amor huye,
no hay quien le detenga...

CLARA

¿Te has quedado triste? No hay que tomar
nunca en serio a los poetas, ni cuando escriben,
ni cuando hablan... Hoy diré a mi padre que os

conceda asueto... Hoy tenéis de qué hablar, tenéis por qué reñir... Debéis estarme agradecidos... Miss Bell, no seamos importunos...; dejemos a los enamorados. (*Salen Clara y Miss Bell.*)

ESCENA III

MARÍA y JUAN

MARÍA

¡Oh! ¿Loves?... Se complace en atormentarme... Y esos versos... Tú escribiste esos versos...

JUAN

¿Qué tienen de particular? Yo no hablo por mí..., no es que yo sienta.

MARÍA

¡El amor que se olvida!... ¡El amor que se aleja!... Mira como ella ha sabido comprenderlos... No lo niegues... La señorita Clara quiere hacerte creer que se ha enamorado de ti..., y tú lo crees..., lo crees... Te seduce el peligro, la vanidad de creer que a ti puede amarte la que se burló de todos..., de muchos que valían más que tú...

JUAN

Tus celos son ridículos... Más parecen un pretexto para ofenderme.

MARÍA

¿Eso crees? Será por falta de cariño...

JUAN

Por falta de juicio, que es peor.

MARÍA

Me prefieres prudente y juiciosa. Yo te prefería apasionado aunque me ofendieras, aunque me insultaras...

JUAN

No te ofendí nunca con celos ridículos.

MARÍA

Quizá me ofendiste con no sentirlos...

JUAN

Es que si alguna vez los hubiera sentido, si hubiera dudado de ti..., dudar y dejarte hubiera sido uno...

MARÍA

¿Es un consejo?

JUAN

Es algo mejor, un remedio.

MARÍA

Dices bien. ¿Quién detiene el amor cuando se aleja?

JUAN

Y a la locura, mucho menos...

MARÍA

¿Locura?... La tuya..., que no te deja ver claro en tu corazón... Sabes cómo es esa mujer y estás

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fado. 1825 MONTERREY, MEXICO

enamorado, sí, lo estás..., porque, maestra en coquetearías, ha sabido interesar, más que tu corazón, tu vanidad de hombre... ¡Pobre de ti, que no se contentará con humillar tu vanidad, y destrozará tu corazón!

JUAN

¡Estas local...

ESCENA IV

DICHOS y CLARA

CLARA

Como yo decía... ¡Gran escena de reconvenciones! No llores, niña. No hay hombre que valga una lágrima de mujer...

MARÍA

¡Es verdad!

CLARA

Y una lágrima de verdadera tristeza, mucho menos... Aun las falsas deben escatimarse. Todo lo que puede nuestro llanto lo puede una sonrisa, que molesta más y nos afea menos.

MARÍA

Yo no sé mentir ni sonrisas ni lágrimas.

CLARA

Entonces no podrás hacer feliz a un hombre, porque tú serás muy desgraciada. Y los hombres tienen la vanidad de creer que pueden hacernos

felices. Y, créelo, para hacernos amar no debemos preguntar nunca a quien nos ama: «¿Eres feliz?», sino decirle siempre: «¡Qué feliz soy!» Los hombres no son tan egoístas como parecen... Vaya..., no llores... Esperad... Miss Bell..., miss Bell...

MISS BELL

(Dentro.) Señorita Clara...

CLARA

Venid acá... ¿Qué hacíais?

MISS BELL

(Entra.) Contemplando a los palomos.

CLARA

Espectáculo impropio de vuestra edad, a la que debe ignorarse todo. ¡Olvidar es lo mismo que no saber! Acompañad a los enamorados, que desean pasear por el jardín... Es preciso una persona de respeto, que modere sus expansiones... Han de reconciliarse..., y no hay nada más peligroso que una reconciliación.

MISS BELL

¡Señorita Clara! La libertad de vuestro lenguaje es impropia de una joven.

CLARA

Yo no soy joven. Tenemos la edad de nuestro corazón... El mío cuenta los siglos de toda mi noble raza. Es el corazón de mis ascendientes: ha palpitado bajo la coraza de mis abuelos, que

combatieron por sus reyes, y ha palpitado en mis abuelas, sobre corazas de reyes, que agradecieron así las victorias de mis abuelos...

MISS BELL

¡Oh! ¡Qué inconveniencias! ¡Si el señor Duque os oyera!...

CLARA

No os preocupéis por mis inconveniencias... Cuidad de los enamorados... Pasead... Yo os lo mando. ¡Ah! El soneto... Podéis romperle..., arrojad sus pedazos al viento. Acaso alguno vuelva a mí, y no seré yo quien lo recoja... ¿Quién detiene el amor cuando se aleja?... No os alejéis vosotros demasiado... Miss Bell, seguidlos... *(Salen María, Juan y Miss Bell. Clara los sigue con la vista.)*

ESCENA V

CLARA y el DUQUE

DUQUE

¡Hija mía!... ¿Puede hablarse hoy contigo?

CLARA

Siempre.

DUQUE

¿Y como siempre?

CLARA

Tú dirás. ¿Piensas que permanezcamos aquí mucho tiempo?

DUQUE

Todo el año. Ya lo sabes. Mi resolución es irrevocable. Tú diste sobrados motivos para ello.

CLARA

¡Oh! Es intolerable. ¿Fué culpa mía... que dos locos...?

DUQUE

No, seamos justos; dos tontos, a quienes tú volviste locos.

CLARA

Ya me concedes algo: su tontería.

DUQUE

Que no disculpas, agrava tus ligerezas, que son escándalo de Londres.

CLARA

¿Escándalo? Entretenimiento...

DUQUE

¿Te complace ser entretenimiento de murmuradores?

CLARA

¿De quién no se murmura en nuestra sociedad?

DUQUE

Aunque así fuera... Las mujeres honradas deben parecerse a los pueblos felices en lo de no tener historia... ¡Desgraciado el hombre de quien se habla poco, pero más desgraciada la mujer de quien se habla mucho!...

CLARA

El aburrimiento campestre deja sentir su influencia... Ya se notan tus lecturas en la biblioteca... En Londres me reñas sin literatura... Era preferible.

DUQUE

Eres una chiquilla mal educada.

CLARA

¡No es extraño! ¡Has gastado tanto dinero en educarme!...

DUQUE

Puede que me culpes por eso.

CLARA

¡Oh, eso no!... Te lo agradezco mucho. Nada cuesta tanto dinero como el evitarse cuidados. Te ha sucedido con mis ayas y con mis profesores lo mismo que con tus cocineros y tus caballerizos: como no les has tomado nunca cuentas, te han robado mucho... Con ese sistema sucede que nuestros criados y administradores acaban por ser ricos y nosotros pobres... Con la educación es lo mismo... Los padres no deben abandonarla tanto a los extraños... Así están expuestos a encontrarse un día con hijos que no se les parecen en nada espiritualmente. Es natural: como que no son hijos de su amor, sino de su olvido...

DUQUE

¡Clara!... ¡Si tuvieras corazón como tienes inteligencia!...

CLARA

Si tuviera corazón no tendrías hija... Me hubiera muerto de pena. Siempre rodeada de extraños, primero en aquel colegio triste y frío..., después entre ayas viejas, solteronas, y profesores pedantes... Yo no sé si tengo corazón... He querido saber antes si lo tienen los demás. Mis indagaciones me obligan a ponerlo en duda. Sólo hallé un corazón en mi vida, y fué enemigo. Un corazón de madre, que rugía insultos y maldiciones contra mí...

DUQUE

¡No lo recuerdes! ¿Ves como no debemos volver a Londres? Siempre pesará sobre ti ese remordimiento.

CLARA

No. En el triunfo no hay nunca remordimiento. Todo lo que nos da idea de nuestro poder nos eleva y nos fortifica...

DUQUE

¡El poder del mal!... ¡Poder diabólico!

CLARA

Y si los hombres saben tan poco del bien que cuando se les ofrece lo juzgan cobardía o debilidad... Si al amor responde siempre el engaño, ¿por qué no ha de anticiparse el engaño a la traición?

DUQUE

¡Me espanta oírte!... ¡Desgraciado del hombre que se enamora de ti!

CLARA

Es posible... ¿Cuándo volveremos a Londres?

DUQUE

Ya lo sabes.

CLARA

Mira que el aburrimiento es mal consejero...

DUQUE

¡Ah! ¿La señorita se aburre?... No hay aquí galanes con quien coquetear, matrimonios que desunir..., locos que se dejen matar... ¿No es eso?... Pues yo te aseguro que has de aburrirte por mucho tiempo... si no es otra tu diversión...

CLARA

¡Ah, lo veremos! Nunca falta una diversión...

DUQUE

Yo te aseguro que no volverás a echarme en cara mi culpable abandono... Volverás a Londres educada, o puedo muy poco.

CLARA

Ya es tarde para que nadie me eduque.

DUQUE

Te educará la vida.

CLARA

¿Y si esa educación te cuesta más cara?

DUQUE

Nunca se paga bastante una enseñanza.

CLARA

¿Ni a precio del honor?

DUQUE

¡Bah! Eres demasiado altiva para arriesgarle...

ESCENA VI

DICHOS y JUAN

JUAN

Señor Duque... Perdonad mi tardanza.

CLARA

No, mi padre os concede por hoy libertad completa... Miss Bell leerá los periódicos y escribirá las cartas. Así como así, es gran estilista... ¿Quedaron firmadas las paces?

JUAN

¡Si supierais!...

CLARA

Yo te enviaré a miss Bell. Tengo que hablar con Juan.

DUQUE

¿Tú?...

CLARA

Sí, de sus amores; me interesan mucho.

DUQUE

A mí también... María es una criatura angelical, y en cuanto a Juan...

CLARA

En cuanto a Juan, habría mucho que decir...
¡Estos poetas!...

DUQUE

Pero, ¿aún no te has curado de tu afición a la poesía?

CLARA

¡Oh! Escribe versos preciosos. Es una lástima que no se decida a publicarlos. Aunque los versos, como la música, como todo lo bello, pierden su encanto vulgarizados...

DUQUE

¿Y qué tienes que hablar con Juan, si puede saberse?

CLARA

Tengo que reñirle.

DUQUE

¿Reñirle?

CLARA

Sí... Es un secreto...

DUQUE

Clara, hija mía, te tengo miedo.

CLARA

¿Por eso no quieres dejarme sola?

DUQUE

Sí..., sí... Ya te dejo. Con Juan ya sé que no has de coquetear.

CLARA

¡Qué bien me conoces! ¡Con un criado!

DUQUE

Hasta luego... *(Sale.)*

ESCENA VII

JUAN y CLARA

CLARA

Perdona mi indiscreción...; si yo hubiera sospechado que el soneto causaría tan mal efecto...

JUAN

La señorita es quien ha de perdonar a María. Es una chiquilla sin juicio..., sin mundo alguno...

CLARA

Incapaz de comprender que el corazón de un poeta no pertenece a nadie, ni siquiera se pertenece a sí mismo... Que hasta cuando canta a una sola mujer, canta al amor de todas... A un poeta no se le puede amar sólo con el corazón; es preciso amarle con el entendimiento... La verdad..., no sé cómo has podido sujetarte a vivir aquí... ¿No tienes ambiciones? ¿No deseaste nunca algo más?

JUAN

Vuestro padre quiso tenerme aquí, y debía obedecerle.

CLARA

Mi padre hubiera sido un terrible señor feudal...

JUAN

Se interesaba por mi salud, por mi felicidad...

CLARA

Tu salud es excelente. Tu felicidad, ya es más discutible.

JUAN

He vivido tranquilo...

CLARA

Sí, la tranquilidad, la calma; reposo de muerte..., la muerte de los que no creen en nada... Cuando nuestro espíritu goza de ese reposo, no puede decirse: «Aquí está la felicidad», sino: «Aquí yace la felicidad», que no es lo mismo... ¿Tú no has soñado nunca con otra existencia?

JUAN

Después de esta vida...

CLARA

No. En esta vida... ¿Crees que toda la felicidad posible en este mundo sea esto? Vivir aquí..., unido a una mujer que te comprende..., renunciar a todo..., a tus triunfos de poeta..., a las luchas del mundo... ¡Qué cobardía indigna de un hombre!...

JUAN

¿Luchar yo solo? El Duque me negaría su protección. Vos no podéis saber...

CLARA

Sí; que mi padre, más que por tu felicidad, tiene motivos para interesarse por la felicidad de esa niña... Que eres el esposo elegido para ella por mi padre. Y que pesan sobre tu voluntad muchas generaciones de siervos sometidos, para atreverte a desobedecer. ¿No es eso?

JUAN

No; yo amo a María.

CLARA

Tu primero, tu único amor... El que no se elige... El que nuestro corazón acepta fatalmente... El que sólo tiene un nombre... ¡la mujer! El verdadero amor sólo puede tener el nombre de una sola, un nombre distinto a todos... Yo amé como tú, no sé a quién..., tal vez a un tenor, a un militar... Después me destinaron para esposa de algún noble joven de mi rango, y le juzgué indigno de mi amor... Después mi corazón eligió por sí mismo, tal vez un imposible...; eligió al único, al diferente de todos... A un hombre noble por sus sentimientos y por su inteligencia..., ¡sólo plebeyo por su voluntad!

JUAN

¡Señorita Clara!

CLARA

¡Señorita Clara!... Tu voz tiembla siempre. Voz

de siervo... No hables..., di versos; sólo la poesía divina parece dar aliento a tu corazón.

JUAN

Los habéis oído todos...

CLARA

Todos me encantan...

JUAN

Desconfío de vuestra admiración... Tenéis fama de ser muy burlona, de reiros de todo.

CLARA

Culpa será de los que no saben hacerme llorar... Vamos, recuerda...

JUAN

Pues oíd... Estos versos los compuse anoche...

CLARA

¡Ah! Oigamos.

JUAN

Amor burla en tus ojos y amor ríe en tu boca.
Amor juega en los rizos sobre tu frente loca.
Amor en ronda gira, en torno a tu garganta,
Como en ronda de niños, y como niño canta.

Y en tu pecho, colmena de abejas-ruiseñores,
Por miel, labra armonía, de pájaros cantores.
Entre tus dedos vuela, y airosa mariposa
De la flor de tus dedos va del lirio a la rosa.

Y al borde de tu falda, en tu pie diminuto
Amor travieso acecha, como gatito astuto.
Así en tu cuerpo todo, amor está presente.

¡Sólo por mi desdicha del corazón ausente!
¡Cuanto por fuera anima, por dentro deja en cal-
[mal
¡Cuando en tu boca ríe, no ha llorado en tu alma!

CLARA

A una beldad esquiva, ¿no es eso? ¡Ah! Si pudieras asomarte a su corazón, verías que allí el amor no ríe: llora muy tristemente, como niño abandonado.

JUAN

¿Cómo creer en llanto que no asoma a los ojos?

CLARA

¿Cómo creer en amor que no asoma a los labios?

JUAN

¡Clara!

CLARA

Señorita Clara, quisiste decir...

JUAN

Perdonad. ¡Señorita Clara!

CLARA

¡Cobarde!

JUAN

¡Oh!, no lo diréis más. Saldré de aquí a conquistar gloria, nombre; entonces me atreveré a todo. Pero aquí sólo soy un criado al que podríais reducir al respeto con una sola mirada.

Aquí podréis burlaros de mí, y yo no tendré el derecho de deciros: «Habéis jugado cruelmente con mi corazón, habéis destrozado mi vida, la de una pobre niña que me amaba con toda su alma.»

CLARA

Tienes razón... No debes olvidarte de ella...; no quiero que pese sobre ti ese remordimiento.

JUAN

Bien sabéis, como dice nuestro Shakespeare, que Amor es demasiado niño para tener conciencia... Los cementerios del amor parecen jardines, porque no hay amor enterrado que no esté cubierto de flores..., las flores de los nuevos amores que no hablan de muerte ni de remordimiento...

CLARA

Dices bien. El vencedor no se detiene a contar sus muertos... La gloria del triunfo le compensa de todo...

ESCENA VIII

DICHOS y MISS BELL

MISS BELL

¡Pobre niña! Está llorando sin consuelo. Volved a su lado.

CLARA

Miss Bell, sois muy impertinente.

MISS BELL

Me encargasteis de procurar la reconciliación, Si vierais...

CLARA

Basta... Mi padre os espera para sus lecturas...

MISS BELL

¿A mí?... ¿Sabéis que vuestro padre prefiere unas lecturas muy atrevidas?... Esos endiablados franceses, Voltaire..., Diderot...

CLARA

¿No los habéis leído nunca?

MISS BELL

Sí. Pero en voz alta es horrible. No hay modo de hacerse la desentendida.

ESCENA IX

DICHOS y el DUQUE

DUQUE

Podía esperar a miss Bell.

MISS BELL

Perdonad, señor Duque...

DUQUE

No; hoy no estoy para lecturas... Pasearé hasta el anochecer. Juan me acompañará.

CLARA

¿Te atreverás a decirlo?

JUAN

Sí... No volveréis a llamarme cobarde.

CLARA

Vamos, miss Bell. Por hoy no tendréis que escandalizaros con Voltaire y esos endiablados escritores. Y yo estoy tan contenta, que prometo no escandalizaros tampoco.

MISS BELL

¡Cómo! ¿Estáis contenta? ¿Pasó el aburrimiento? ¡Ya decía yo! Esta tranquilidad del campo acaba por conquistarnos... ¡Oh! ¡La Naturaleza, no hay como la Naturaleza! Cuanto más lejos estamos de los hombres, más nos acercamos a Dios.

CLARA

Según eso, debéis haber vivido siempre en la gloria. *(Salen.)*

ESCENA X

JUAN y el DUQUE

DUQUE

No quiero ser egóísta. Te propuse dar un buen paseo... Pero si el amor te reclama...

JUAN

¡El amor!... Señor Duque, no diréis que no os obedecí siempre en todo.

DUQUE

Sí. Verdad es que yo sólo he procurado tu felicidad. ¿Tienes queja de mí?

JUAN

No; de mí mismo, porque no debí resignarme a aceptarlo todo. La riqueza que gana uno por el propio esfuerzo es la que más cuesta adquirir, pero es la que mejor se conserva; lo mismo sucede con la felicidad.

DUQUE

No; tú has trabajado. Esta finca que yo tenía abandonada es hoy un paraíso gracias a ti. La has cultivado con amor... y por amor...

JUAN

No, por gratitud. Mi vida no es ésta, mis amores no están aquí. Yo soy un soñador, un poeta, un ambicioso...

DUQUE

¡Oh! ¿Desde cuándo? No puedo creerte. Tu conducta, tus cartas, todo respiraba satisfacción. No era conformidad, era algo que no podía fingirse. ¿Desde cuándo han despertado tus ambiciones? Desde que has hablado con mi hija. ¿No es eso? ¡Pobre Juan! La conozco demasiado para no conocer pronto su fatal influencia. Tendré que referirte lo que tanto dolor me ha costado..., lo que me obligó a traerla aquí, lejos de nuestra sociedad...

JUAN

Sí, lo sé todo; pero la señorita Clara no ha sido culpable... ¿Es culpa suya ser tan hermosa? ¿Es culpa suya no corresponder a todo el que se enamora de ella, si ella no le juzga digno de su amor?

DUQUE

¡Qué vehemente defensa! ¡Qué olvido de todo, del respeto que me debes, de un amor que parecía tan verdadero!... ¿Qué vendaval de locura ha trastornado tu corazón?... Por fortuna, está en mi mano desengañarte pronto... ¿Te has enamorado de mi hija?

JUAN

¡Señor Duque!

DUQUE

Ten el valor de tus sentimientos. Estás enamorado y crees que ella se ha enamorado de ti.

JUAN

¡Oh! Eso...

DUQUE

Sé que de otro modo no te hubieras atrevido nunca a lo que te atreves. Pues bien: sí, mi hija te quiere...

JUAN

¿Qué decís, señor Duque?

DUQUE

Yo seré el primero en alegrarme de vuestra felicidad. Ni mi nobleza ni mi posición será un

obstáculo a vuestro amor... ¿Qué te parece?... ¿No es esto lo que esperabas oír? Temías mi indignación, mi enojo... Nada de eso. ¿Estás contento?

JUAN

No sé. Creo que vuestras palabras son irónicas, porque no creéis...

DUQUE

¿En ese repentino amor? ¿Por qué no? Clara, hija mía.

JUAN

¡Señor Duque! No..., no digáis nada.

DUQUE

¿Qué temes?

JUAN

No lo sé. Temo la verdad.

ESCENA XI

DICHOS, CLARA, MISS BELL y SIR JORGE

CLARA

Mira quién está aquí. ¡Qué agradable sorpresa!

SIR JORGE

¡Señor Duque!

DUQUE

¡Sir Jorge!

CLARA

Es tan amable, que ha venido desde Londres sólo por saludarnos.

SIR JORGE

En representación de su mejor sociedad, que reclama vuestro regreso; todo está triste desde que nos dejasteis.

CLARA

¿Es que ya no hay de quién murmurar?

SIR JORGE

Siempre; pero murmuraciones sin fundamento. Se asegura que la Duquesa de Brighton ahora no quiere más que a su marido. ¡Pobre Duquesa! Siempre tan calumniada... En la Ópera se ha presentado una cantante tan hermosa..., que todas las damas protestan contra ella; dicen que se descota demasiado. Y prefieren ir a ver a unos gladiadores a la romana que se presentan en la pantomima de Drur y Lane. El pudor de nuestras damas es inexplicable. Inexplicable porque sólo tiene una explicación...

DUQUE

La dorada juventud de Londres. ¿Y es esto lo que te seduce?

JUAN

No; esto es lo despreciable.

DUQUE

Pues ahí tienes a mi hija encantada oyéndole... Esa es su vida.

SIR JORGE

¿Y no estáis aburrida del campo? Yo sólo puedo soportarlo con mucha gente... Las partidas de Lord Hamilton son deliciosas. Nunca nos reunimos menos de sesenta personas. Es el único modo de soportar la soledad.

DUQUE

Sir Jorge, ¿deseáis tomar algún refrigerio?

SIR JORGE

Un refresco..., y lavarme y peinarme... Por más que en mi coche traía todo lo necesario. Hasta mi peluquero, que es un hombre encantador. Sabe todas las historias de Londres. Conoce a todos los grandes señores.

DUQUE

En el aspecto más favorable, por encima. (*A Juan y Miss Bell.*) Acompañad a Sir Jorge a las habitaciones destinadas a nuestros huéspedes.

SIR JORGE

Mil gracias.

DUQUE

Y atended también a su peluquero y a sus postillones.

SIR JORGE

No os molestéis. Fueron a la fonda.

JUAN

Cuando queráis.

CLARA

Hasta ahora, Sir Jorge.

SIR JORGE

Hermosa Clara, hasta ahora. (*Salen Clara y Miss Bell.*)

ESCENA XII

DUQUE y CLARA

DUQUE

Tú, espera. Tenemos que hablar muy seriamente.

CLARA

¿De qué?

DUQUE

De ese gran amor.

CLARA

¿Amor? ¿De cuál?

DUQUE

Del tuyo. No contabas con que yo lo sabría tan pronto. Pues oye bien. Estoy decidido a que te cases con Juan.

CLARA

¿Casarme yo? ¿Y con Juan? Era todo lo que podía ocurrírsete.

DUQUE

¡Ah! ¿Es que no le amas?

CLARA

¿Yo?

DUQUE

¿Es que él no está loco por ti?

CLARA

Eso es posible.

DUQUE

¿Es posible? ¿Y quién tiene la culpa de su locura?

CLARA

¡Ah!..., seré yo responsable de todos los que se vuelven locos.

DUQUE

Lo eres, lo eres. Y por mi nombre, que estas locuras han de concluir.

CLARA

¿Ha sido él quien te ha dicho...?

DUQUE

No hacía falta. El amor más oculto, y siendo muy discretos los enamorados, tarda una hora en descubrirse.

CLARA

Es verdad. Pero yo creí que quedaban exceptuados de esa perspicacia los padres y los maridos.

DUQUE

Deja insolencias. Puedes decirme lo que te proponías. Hacer mal por el placer de hacer mal. ¿No hay otro medio de distraer tu aburrimiento?

CLARA

¿Tengo yo la culpa de aburrirme?

DUQUE

Crear la desventura de dos enamorados, y causar a tu padre la pena de ver destruída una reparación que para ti no era un secreto, porque yo tuve la nobleza de querer asociarte a ella. Y sabiéndolo todo, no dudaste en destruir mi obra.

CLARA

No destruí nada. Se aman, se casarán y serán muy felices.

DUQUE

Tú crees que nadie tiene corazón.

CLARA

Debo creerlo. Él fué quien se olvidó de su amor; yo no tenía que olvidar nada.

DUQUE

Olvidaste el respeto que te debías a ti misma.

CLARA

No demos importancia a lo que no tiene ninguna.

DUQUE

Sí, no tiene importancia. Como no la tuvo el desafío de Londres. Para ti nada tiene importancia, ni el dolor ni la muerte.

ESCENA XIII

DICHOS y MARÍA

MARÍA

¡Ah, señor Duque!

DUQUE

¿Qué querías, niña mía?

MARÍA

Mi padre deseaba hablaros. Quiere despedirse.

DUQUE

Bien está. Ya hablaremos. Pero tú no estés triste. Te aseguro que no hay motivo. Nosotros volvemos mañana a Londres. El mal sueño ha pasado. Juan..., Juan...

CLARA

¿Qué piensas hacer?

DUQUE

Ya lo verás.

ESCENA XIV

DICHOS y JUAN

JUAN

María...

DUQUE

Sí, María, resignada a todo; tan resignada, que se dispone a escuchar esos versos en que celebras las glorias de tu nuevo amor.

MARÍA

¿Qué decís? Dejadme marchar.

DUQUE

Obedeced todos. Son unos versos que Juan escribió por encargo mío, improvisados casi. ¿Escuchaste como te dije?

JUAN

Sí.

DUQUE

Pues lee, lee.

CLARA

¿Qué es esto?

DUQUE

Escuchad, escuchad.

JUAN

Noble descendiente de reyes y lores, la hermosa, la altiva Lady Clara de Bedford: en vano

intentaste vencer mi corazón y destruir por capricho otro fiel corazón que no sabe de engaños como el tuyo.

CLARA

¿Qué versos son éstos?

DUQUE

No son versos. Es la verdad.

JUAN

Quisiste burlarte de mi amor, y mi desprecio te responde... Los blasones de piedra que adornan los pórticos de tus palacios señoriales no tienen la frialdad de tu corazón.

CLARA

¡Oh!

DUQUE

Silencio; sigue.

JUAN

Noble descendiente de reyes y lores, la hermosa, la altiva, la noble señora: no hagas que recuerde la sangre que mancha el blasón de tu escudo; no quieras que repita las maldiciones de una madre que debieron escaldar tus mejillas para siempre con fuego de vergüenza.

CLARA

¡Oh!

JUAN

Mi humilde enamorada, de pobre origen, no envidia tu ilustre ascendencia. La lealtad vale

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

más que todas las coronas ducales, y una sangre limpia más que toda la sangre de los reyes normandos. Tu corazón padece la más triste dolencia: un incurable aburrimiento. Tus ojos están sin luz de no haber llorado nunca. Para divertir tu fastidio, no sabes hallar otro pasatiempo que burlas crueles. ¿Tú no sabes que el aburrimiento es tan horrible en la mujer como un vicio? Noble descendiente de reyes y lores, la hermosa, la altiva, la amable señora: si tanto te aburre el pasar de las horas, ¿por qué no procuras distraerte de mejor modo? ¿No hay en los vastos dominios de tus estados pobres que socorrer, niños a quien enseñar a leer, niñas a quien enseñar a coser y a rezar? ¿Por qué no pruebas a curar así tu aburrimiento, la hermosa, la altiva, la noble señora?

CLARA

¡Oh, basta, villano!

MARÍA

¿Qué has hecho?

JUAN

Lo que debía para rescatarme y rescatar tu corazón.

DUQUE

No escribiste mejor poesía en tu vida... No parecía improvisada.

ESCENA XV

DICHOS y SIR JORGE

SIR JORGE

Ya me tenéis a vuestra disposición. Vengo admirado de la suntuosidad y el buen gusto de vuestra casa. Con esa escogida reunión de amigos, puede pasarse aquí una temporada deliciosa.

DUQUE

Sí, pero a mi hija le aburre el campo. Así es que volvemos a Londres, ¿no es verdad? La señorita se aburre.

CLARA

No, no es verdad. No volveremos hasta que no haya penetrado en mi corazón toda la verdad de esa poesía sin versos que me hizo llorar.

DUQUE

De rabia...

CLARA

Antes sí, ahora no. Este llanto es bueno. Es de tristeza, mucha tristeza.

JUAN

Pero esa tristeza os dice que tenéis corazón. Escuchadle siempre, veréis cómo él os dice de muchas tristezas que él puede consolar, y olvidaréis entonces lo que es aburrimiento. No sabéis